



Señales de vida. Una introducción

Signs of life. An introduction

Fermín A. Rodríguez¹

Recibido: 10/08/2021
Aprobado: 09/09/2021
Publicado: 08/11/2021

Resumen

La vida precaria como terreno definitorio de los procesos de neoliberalización emerge en la novela de nuestro fin de siglo como índice de procesos de desterritorialización que, imperceptiblemente, vienen alterando desde las últimas décadas del siglo XX las coordenadas lingüísticas, perceptivas y prácticas dentro de las que pensamos e imaginamos América Latina, sus estructuras de poder, el orden de sus discursos y el cuadrículado de sus cuerpos, sus palabras y sus cosas. Señales de vida es una lectura de los años 90 y principios del 2000 que quiere dar cuenta de una serie de escrituras que encuentran en la vida precaria su política. La precariedad es el impulso fundamental de una serie de textos de fines de siglo XX y comienzos del XXI que ensayan con la vulnerabilidad de lo viviente, relacionando la precarización como instrumento de gobierno con mutaciones del lenguaje, la visión y la percepción generadas por la crisis. Recelosa de la perfección formal, las ficciones de vida hicieron de la precariedad de la existencia un campo de experimentación y de disputas por el tiempo y el territorio. A fuerza de precariedad, textos de, entre otros,

Abstract

Precarious life emerges in the Latin American novel as an index of deterritorialization processes that, imperceptibly, have been altering since the last decades of the 20th century the linguistic, perceptual and practical coordinates within which we think and imagine Latin America, its power structures, the order of its discourses and the grid of its things and bodies. Signs of Life is a reading of the 90s and early 2000s that wants to give an account of a series of writings that find their politics in precarious life. Precariousness is the fundamental impulse of a series of texts that experiment with the vulnerability of the living, relating precariousness as an instrument of government with changes in language, vision and perception generated by the crisis. Suspicious of formal perfection, fictions of life turned the precariousness of existence into a field of experimentation and disputes over time and territory. Texts by, among others, Fogwill, Diamela Eltit, Sergio Chejfec, César Aira, Matilde Sánchez and Gabriela Cabezón Cámara, survive the catastrophe to tell what

¹ Investigador de Conicet, docente y crítico literario. Es egresado de la Carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, y completó su doctorado en Literatura Comparada en la Universidad de Princeton. Es el autor de *Un desierto para la nación* (Eterna Cadencia, 2010) y el coeditor y traductor de *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida* (Paidós, 2007). Es traductor, escribe en distintos medios y es profesor de literatura y teoría literaria en la Universidad de Buenos Aires. Su último libro lleva por título *Señales de vida*, de próxima aparición. Contacto: fermin00@gmail.com



Fogwill, Eltit, Chejfec, Aira, Sánchez y Cabezón Cámara, sobreviven a la catástrofe para contar lo que pasó y emitir, más allá del fin de la historia, las señales de vida de una literatura por venir.

Palabras clave

Vida precaria; cuerpo y trabajo; territorio; cultura y neoliberalismo.

happened and emit, beyond the end of history, the signs of life of a literature to come.

Keywords

Fictions of life; precarious life; body and labor-work; territory; culture and neoliberalism.

I.

La vocación de la crítica de contar historias para salir, por la vía del relato, del encierro académico, es contemporánea de una ficción de la política que, desde fines de los años 80 y durante los años 90, proclamaba triunfalmente el fin de la historia y de los grandes relatos y, junto con ellos, de un arte crítico que el discurso del desencanto transformaba en una cosa del pasado arrumbada en el museo de las revoluciones pedidas.

Como sabemos por los críticos de *Contorno* o, más acá, por Ricardo Piglia, la pasión por la historia corre por las venas de la literatura argentina del siglo XX. Pero la pasión por el final no le es menos ajena. El fin de la historia no iba a tomarla desprevenida, ¡justo a ella, que vive de cortejar su fin y, sin nostalgia, sabe hacer con los finales!

Atada a la crisis de su objeto, la crítica literaria, que no ve nada duradero, participa de ese carácter destructivo que reduce todo a escombros, pero no por los escombros mismos, como decía Benjamin, sino por el camino que pasa entre ellos (302-3). En su libro *La seducción de los relatos*, Jorge Panesi (2018) reconstruye una serie de trayectorias discursivas que, entre los escombros, pasaban de una crítica replegada sobre el juego autorreferencial de los lenguajes autónomos, a una crítica que se identifica con la literatura y sus procedimientos. Acumulando saberes disímiles y mezclando los géneros, la crítica se puso a contar, por ejemplo, “cuentos” de dandis y simuladores, de científicos locos, de héroes populares, de escritores malditos y de mujeres que matan, como lo hizo Josefina Ludmer en *El corpus del delito*, el libro de 1999 que marca este pasaje a primer plano de la dinámica del relato como forma cognoscitiva y performativa de la crítica. En manos de una crítica “culturalista” como Ludmer, dice Panesi, el relato se vuelve un instrumento de intelección crítica. La crítica experimenta con el corpus e inventa relaciones a partir de ideas o figuras que enlazan textos y universos culturales y políticos de acuerdo a una causalidad “textual” desviada de las líneas argumentativas de la crítica historiográfica más rutinaria.

El llamado fin de la historia estuvo poblado de murmullos inaudibles, lenguas mutiladas, jergas extrañas, movimientos imperceptibles, formas de vida desconocidas. Siempre hay algo que se escapa entre los saberes, las representaciones y los códigos que organizan nuestra relación con el mundo, líneas de todo tipo que sería necesario seguir a la hora de disputar enunciaciones y activar en la lengua lo que en una sociedad pugna por salir. Del lado de las intensidades de la vida, la literatura de nuestro fin de siglo se puso a hacer proliferar las historias deshaciendo las realidades y las significaciones dominantes, multiplicando sus conexiones y ampliando el campo de posibles por redes abiertas sobre otras materias de expresión. Necesitábamos orientarnos en tierras extrañas, entre flujos de desterritorialización y corrientes de deseo que desbordaban lo que, hacia los años 90, entendíamos y leíamos como literario.

Las referencias se pierden, los paisajes se desfondan, los límites se desplazan, la temporalidad enloquece. Hacía falta un mapa para seguir los flujos, para movernos entre estados

de signos y de cosas que corren en paralelo, afectándose y transformándose mutuamente, intercambiando *señales de vida*. El mapa existe y se encuentra disperso en una serie de textos que llevan las huellas de las transformaciones de los regímenes de poder y de sentido que, de manera imperceptible, han alterado, desde los años 90, los modos de producción de realidad y de subjetividad. La crítica, que ve caminos por todas partes, puede reconstruirlo con una libertad metodológica que toma de su objeto.

II.

Algo estaba pasando por debajo del nivel de las conciencias, algo social, político y estético que ha impregnado el entramado mismo de la reproducción social que, por esos años, se nos metió bajo la piel e hizo la trama de los cuerpos que hoy somos, con sus modos de ver y de sentir, de pensar y de desear, de actuar y padecer, de hablar, trabajar y devenir en el tiempo, de nombrar el mundo y actuar sobre él. No se trata de una historia, porque la historia supone un proyecto, un mandato, una construcción progresiva del sentido a través del encadenamiento de las acciones y las representaciones, y lo que pasó, a diferencia de la historia, fue un proceso abierto, sin desarrollo ni progresión lineal, que juntaba cuerpos, acontecimientos y percepciones de manera aleatoria sin presuponer una totalidad subyacente ni cerrarse sobre un sentido último: la vida, puesto que de eso se trata, va sin plan, fluyendo en una sucesión continua de acontecimientos sin conexión causal ni implicación lógica alguna. No hay un fin hacia el que tienda la vida –un “sentido de la vida”–, pero hay una lucha efectiva en la vida por incrementar su poder y producir lo nuevo, creando fines divergentes, líneas de fuga o líneas del afuera. Como para los personajes de la novela de Fogwill, vivir es *vivir afuera* de la esfera de la causalidad de los grandes relatos, decantando hacia lo inacabado y lo no formado de un devenir bajo cuyo signo hemos nacido y que, prolongándose en el presente, aún sigue atravesándonos.

No hay entonces historias ni proyectos de vida porque la vida que aquí se trata de cartografiar es un proceso en constante mutación, abierto a la deriva de los cuerpos por un territorio que va cambiando a medida que el movimiento los empuja fuera de sus límites. La vida irrumpe en el tiempo y necesita de la historia, pero no puede reducirse a ella porque es del orden de lo que viene de afuera del sujeto a alterar el paisaje que lo rodea y forzarlo a pensar y crear. No hay ninguna estructura antes del acto de entrar en un flujo de signos y acontecimientos creadores de formas nuevas, productores de enunciados, para experimentar con lo sensible y percibir, en el devenir paralelo de las palabras y las cosas, el significado de las formas que nacen en el tiempo.

Lo que sí hay, en cambio, es una inmensa red de signos surgidos de la parte no escrita de la vida, moléculas de vida social que, en sus vibraciones y resonancias, retienen las intensidades de una época en la que ya se anunciaba, como inminencia o posibilidad latente, lo que iba a venir después. Latencias micropolíticas en el borde de los discursos activan la lengua para hacer aparecer, en el registro de lo afectivo y lo perceptivo, lo real de un cambio sentido e imaginado por los escritores y escritoras antes de poder ser procesado conceptualmente por otros discursos.

Son *señales de vida* que la literatura, en su modo menor, no dejó de emitir a través de una serie de textos que, huyendo hacia adelante, interrumpían el relato del crecimiento económico para transportarnos a través de la escucha, la imaginación y la escritura hacia otros tiempos y otros espacios cubiertos de escombros, ruinas y catástrofes que mostraban, en vivo y en directo, el fracaso del progreso.

El desarrollo capitalista que describen los discursos hegemónicos nunca existió, porque sin la precarización de la existencia, la explotación de la vida y la servilización del trabajo; sin desocupación masiva y extensión de la explotación al conjunto social; sin la derrota política de los trabajadores y la explotación de los jóvenes, las mujeres y los migrantes, el progreso

neoliberal resulta inconcebible: el progreso lleva inscrito en su reverso un desarrollo “lumpen”, una colonización interna de franjas de población empobrecida y marginalizada por un sistema capitalista no sustentable que, como señala Lazzarato en *Te acuerdas de la revolución*, rige por hambre y terror.

La vulnerabilidad de lo viviente, con toda su carga de ambivalencia e indeterminación, se vuelve el material privilegiado de ficciones pobladas de vida, donde el hecho de vivir común a todos los seres vivientes se convierte en instancia de búsquedas estéticas e indagaciones políticas que conducen a la generación de formas nuevas. Se trata de una vida precaria, de baja visibilidad, carente de los signos fuertes del heroísmo, la tradición, la autoridad, la revuelta o el deseo que abundan en los grandes relatos de las modernizaciones latinoamericanas. En la ciudad ruralizada de *El aire* o en el campo desnaturalizado de *El desperdicio*, en las caminatas alucinadas de *La Villa* o *Las noches de Flores*, entre los jóvenes conscriptos de *Los pichiciegos* y las trabajadoras precarizadas de *Mano de obra* y de *2666*, entre los marginales de *Vivir afuera* o de *La Virgen de los Sicarios*, lo más importante parece ser lo biológico, lo somático, lo sensorio-motriz, lo estético, la realidad biopolítica de lo corporal como objeto de un nuevo régimen de significación que junta cuerpos para mostrar que son cuerpos igualados por rasgos compartidos por todos, presubjetivos aunque de ningún modo presociales. Son historias de cuerpos que se encuentran afectivamente en el mundo, sin hondura psicológica, activados por cadenas de reacciones sensoriales que, en conflicto con las representaciones, ponen de manifiesto la capacidad que tiene un cuerpo de abrirse paso por la esfera de la experiencia sensible para descifrar el mundo desde su condición de viviente.

La literatura pertenece al mundo, está inmersa en la vida y tiene la habilidad de moverse entre flujos cruzados de enunciación, de percepción e imaginación para registrar en ese ir y venir entre series heterogéneas las intensidades de los futuros en ciernes. No se trata, por consiguiente, de oponer la realidad a su apariencia. No es una cuestión de representación, de hacer coincidir la literatura con un mundo donde el significado depende de un sistema de estructuras lingüísticas y sociales, sino de activar la lengua para darle voz a lo que todavía no existe, de trabajar con lo que todavía no es. La tarea del escritor no es la interpretación de un sentido previo, sino la conjunción, el ensamble con todo tipo de flujos no solo semióticos, sino también materiales y sociales, que atraviesan nuestro cuerpo. Comienza con una huida de la forma, para luego hacer ver y concebir un contenido que está en ruptura con un orden de cosas fijo. No hay representación, no hay interpretación, sino captura de fuerzas transformadas en formas heterogéneas al orden de cosas establecido, *formas de vida*, de hacer, sentir y pensar, esparcidas por espacios poblados de voces y lenguajes en germen.

En este sentido, *Señales de vida* pretende ser una reivindicación del poder de la literatura y del arte en general de interactuar con esa emisión de signos fragmentarios excluidos de las ficciones consensuales que, hacia fines de los años 80, hablaban del final de la historia porque el tiempo del mercado, el eterno presente del consumo reproduciéndose a sí mismo, comenzaba a desplazar la temporalidad de los proyectos políticos (que es también la temporalidad de la obra de arte modernista). Entre los afectos y el lenguaje, la literatura conecta con las intensidades irrepresentables de una época para darle cuerpo a otros posibles, para construir otras realidades, otros campos de percepciones y afectos, otros dispositivos espacio-temporales que muestran que más allá del final de la historia, más allá de la reproducción ilimitada del capital invadiendo la totalidad de la existencia, *hay vida*, otras formas de constitución de mundos y de identificación de los acontecimientos, otras tramas, otras comunidades de formas, significaciones y afectos en disenso con el modo particular de hacer ver las cosas de las ficciones dominantes.

III.

Las señales de vida que recoge la ficción –acontecimientos sensibles que pasan por el cuerpo, uno detrás del otro, como un escalofrío– suelen estar acompañadas de mal tiempo. Abunda el frío extremo, los cielos cargados de nubes, las lluvias torrenciales, las tormentas eléctricas, los vientos huracanados, las inundaciones. La atmósfera está enrarecida por un clima de inminencia, inestable, muy “fin del mundo”, como dice un narrador de Aira (*La Villa* 103) para dar cuenta de un estado de extrañamiento ubicuo que la experiencia de las fuerzas produce en el devenir del relato. La sensación de catástrofe está en el aire, y es del orden del afecto, no de la representación. Como el polvillo de los juegos de poder, actúa sobre la dimensión molecular, medioambiental, no individualizada, al nivel de lo que pasa, no de lo que es. Algo está pasando, aunque no sepamos exactamente qué, vivido como amenaza; algo que oscurece los cielos de historias que cambian de forma y de densidad, como las nubes. Golpes repentinos venidos desde no se sabe dónde impactan sobre la vida de las personas, deciden sobre su destino, quebrando los marcos de inteligibilidad que vuelven un paisaje reconocible. Las referencias se pierden, los mundos individuales se desmoronan frente a fuerzas demasiado violentas para ser asimiladas por un sujeto expuesto en su vulnerabilidad a las intensidades de un mundo que se presenta como apocalíptico. Porque el clima es apocalíptico en el sentido literal del término: como señala Lazzarato (*El capital odia a todo el mundo* 9), el apocalipsis revela, muestra, hacer ver y oír, fuerza a pensar en cosas que están pasando al ras de los cuerpos, en la vida de las personas, y que pueden leerse en los cielos revueltos de la ficción.

El tiempo histórico retrocede frente al tiempo que hace, el tiempo meteorológico de una naturaleza inestable, en consonancia catastrófica con la temporalidad de la crisis económica. Pasamos de la historia social a los ritmos de una naturaleza impredecible que asume las características de una existencia ruinoso y degradada por la brutalidad del capital, devenido fuerza geofísica que despliega toda su fuerza devastadora en gran parte de América Latina.

La temporalidad lenta de la historia, que es también el tiempo de las construcciones morosas de la narrativa latinoamericana, queda desarticulada por el tiempo de las catástrofes naturales, un puro presente poblado de cuerpos atascados en el eterno retorno de una crisis de la que nunca se sale de pobre. El tiempo de los desarrollismos estatales, con su narrativa del progreso y sus imaginarios reformistas de inclusión a través del trabajo, la salud, la educación y el bienestar, no menos que el tiempo de los proyectos políticos revolucionarios, con su comprensión de la historia como una cadena de acontecimientos que conducen hacia la realización de una utopía social, queda borrado del mapa de la novela latinoamericana. Espesa y orgánica, la escritura se desliza por el subsuelo de la historia humana, alterando las escalas espaciales y temporales. El tiempo cronológico dejó de correr por las páginas de ficciones empantanadas en el presente de un paisaje por el que se suceden, a la velocidad de la crisis, construcciones precarias destinadas a no durar, hechas de materiales efímeros, en equilibrio inestable entre la reproducción de lo mismo y la posible irrupción de lo nuevo.

Detalles que no cuentan para la narrativa del progreso se arremolinan en configuraciones de tipo atmosférico. El tiempo como sucesión de acontecimientos materiales, que actúa sobre los cuerpos y las cosas sin que pueda ser medido por los plazos de los proyectos humanos, desplaza al tiempo de los encadenamientos históricos de acciones y efectos. Sin embargo, entre un acontecimiento y otro algo puede pasar, un desmoronamiento o un derrumbe por el que afloran otras temporalidades. De ahí los pozos, agujeros, erupciones y fisuras que se abren en tantas páginas, reventando la corteza de la representación para hacer emerger, bajo la forma de fuerzas geológicas, otros tiempos y memorias que irrumpen en la novela de manera no causal. La cueva de *Los pichiciegos*, las excavaciones de *La introducción*, el géiser de *El desperdicio*, el chorro de *La Virgen Cabeza* o los abismos a los que se asoman a mirar la ciudad los personajes de *El aire* y *La Virgen de los Sicarios* son los puntos de fractura de un presente

atravesado por tensiones superficiales que desestabilizan el suelo de sujetos que en cualquier momento se vienen abajo. Caídos en sus cuerpos, son los náufragos de un país que se estaba hundiendo.

IV.

Especulando con la temporalidad del “fin de la historia”, las ficciones de *Señales de vida* se hacen cargo, en vivo, de la percepción de una crisis que incluye la descomposición de los imaginarios civilizatorios y modernizadores que desde los años de formación de las culturas latinoamericanas definen lo que reconocemos y leemos como literaturas nacionales. La sospecha, el palpito de que la Argentina se estaba terminando o que era una cosa del pasado recorre relatos que muestran a la modernidad neoliberal como arcaica, productora de vida tomada y administrada por el poder selectivo y jerárquico de hacer vivir al desnudo, reduciendo la vida a sus funciones mínimas. El “giro rústico” que toman ficciones como *El desperdicio* (Sánchez 183) inunda el campo de la representación de temporalidades anteriores a la del progreso, sin que quede del todo claro si, a través de él, es el pasado que vuelve o si es el futuro que se adelanta.

Sin nostalgia de lo originario, la literatura conecta lo más nuevo con lo remoto. La modernización neoliberal produce degradación acumulativa y desorden, estados de agonía y en agonía, neo-arcaísmos, ciudades estratificadas, sin inclusión, recorridas por líneas de fractura biopolítica por las que desaparecen multitudes de cuerpos caídos del mapa de los ordenamientos biopolíticos que asignan lugares y sentidos. Como dice un personaje de *La Villa*, colocándose al final del relato del progreso, todo era “cuestión de vivir nada más” (76), en la esfera de la reproducción de lo viviente. Pero si la cuestión es vivir y nada más, ¿cómo compatibilizar que la vida, como blanco de las operaciones del poder, sea a la vez el terreno donde se juega el devenir productivo y creativo de personajes que, en nombre del derecho a la vida y a la felicidad, se sustraen a los procesos de servidumbre que los someten a los mecanismos del biopoder?

No hay poder que se ejerza sin resistencia. Índices de poder tanto como de conflicto, las señales de vida se arremolinan sobre cuerpos y territorios invadidos por la precariedad inducida, de los que no dejan de surgir nuevos mundos ficcionales, nuevas posibilidades de vida y pragmáticas vitales que en nombre de lo común interrumpen los cálculos del capital. El espacio político se reformula como espacio estético donde se pueden ver y decir los conflictos desde la perspectiva de los cuerpos sin palabra ni imagen que se niegan a desaparecer, frágiles y resistentes a la vez, con su poder de mostrarse y tomar forma. Espacios cargados de una vitalidad tensa y conflictiva se multiplican por ficciones que, en el reverso de las retóricas neoliberales, recogieron entre sus páginas un tendal de cuerpos precarizados por el terror económico de las políticas de privatización, desempleo y ajuste.

Desde su politicidad sensible, la novela capta, en la misma realidad, las señales mediante las cuales un mundo histórico se da a ver y pensar. La literatura habla de lo mismo que habla la sociedad, pero lo hace desde la posibilidad de no coincidir con el resto de los discursos, en su propia lengua, para decir otra cosa.

V.

Las literaturas latinoamericanas siempre intervinieron en las luchas por la organización espacial del poder. Decisiva para la producción de los tiempos y espacios del estado-nación, la novela de nuestro fin de siglo no solo agita la temporalidad narrativa: también hace una definición espacial del problema que incluye nuevas formas de territorialización del poder y de organización del territorio que resultan de una transformación material de las fronteras en su intersección con los cuerpos. De los espacios-territorio, estabilizados dentro de límites por

operaciones de producción y reproducción de ciudadanía y autoridad, pasamos a espacios de exclusión cargados de vida, espacios-población pre-personales y fluidos, codificados y regulados por un entramado de poderes y controles que ya no tienen al estado nacional ni a las formas de habitar la nación como referencia exclusiva para la producción y regulación de la subjetividad.

Una vez más, gobernar será poblar, aunque el sentido haya variado respecto al que la consigna tuvo dentro de los imaginarios civilizatorios de las naciones para el desierto del siglo XIX. El estado moderno se constituye como máquina de producción de una población nacional a través de tecnologías de disciplinamiento y gestión de los cuerpos que incluyen el trazado de límites. La modernización se jugó en el reparto de espacios y de cuerpos a través de la construcción política de un adentro y un afuera que sirvió para expulsar y suprimir las diferencias del campo de la formación de los sujetos nacionales.

Bajo el signo de los proyectos civilizatorios, la literatura fue parte crucial de este proceso de naturalización de la política, que invocaba un afuera para separar cuerpos a un lado y otro de la frontera: de un lado, el cuerpo dócil del ciudadano y del individuo productivo, un orden político y legal de sujetos contenidos y estabilizados por límites nacionales; del otro, el espacio exterior de la barbarie, un estado de naturaleza que no solo incluía animales, vegetales y minerales, sino también la materia inestable del cuerpo indisciplinado de los indios y los gauchos.

Un siglo más tarde, *gobernar es poblar* en un sentido diferente. En los cálculos del neoliberalismo, el poder no se ejerce sobre sujetos de derecho, sino sobre cuerpos vivos. Población y ciudadanía ya no se superponen, si es que alguna vez lo hicieron. Ya no se trata de producir ciudadanía por medio de la identificación del individuo con la nación. Tampoco de igualar, de superar los antagonismos por medio del progreso, de incluir por la vía del trabajo asalariado de acuerdo con criterios de bienestar, salud, vivienda, alimentación y educación correspondientes a los desarrollismos latinoamericanos del siglo XX. Estado y capital *encierran afuera*, según la lógica de la inclusión por medio de una exclusión, que tiene la forma de la precarización de la existencia, la invisibilización, la construcción del pobre y del desempleado, la miseria planificada, la discriminación, la violencia contra minorías sexuales y raciales.

VI.

El agotamiento de una frontera requiere la construcción de otra, una línea de vida que pasa por los cuerpos-frontera, en el límite de lo vivible. El problema ya no es la oposición entre naturaleza y cultura, sino la imbricación entre vida y política en espacios de vida precaria, afuera de la historia, excluidos del orden jurídico de la ciudadanía por actos de demarcación que se desplazan hasta el límite mismo de la especie humana para producir cuerpos postsubjetivos, relacionados por rasgos biológicos como la sangre, el sexo, la salud, la edad, la capacidad de hablar y trabajar, de hacer territorio y tiempo. Son cuerpos que evidentemente no tienen nada de natural, saturados de mecanismos biopolíticos que vienen después del fin de la historia a hacer vivir de manera selectiva y jerárquica. Pero la literatura muestra que las vidas sin derechos no están fuera de la política, alterando la distinción entre lo político y lo prepolítico, entre lo reconocible y lo no reconocible, lo interior y lo exterior.

En la imaginación del progreso, lo que inauguraba las culturas nacionales era el pasaje de la naturaleza a la cultura. Pero desde la perspectiva de la politización de lo viviente, el relato se invierte. La naturaleza no es el caos que precede a la civilización, sino el producto de una operación de poder que trabaja en el umbral de nuestro cuerpo biológico y nuestro cuerpo político *suspendiendo los límites*. El giro rústico de la biopolítica transforma la histórico y lo político en biológico, traduciendo antagonismos de clase, de género y de raza en diferencias naturales, arbitrarias y provisorias, entre personas y no personas, *bíos* y *zoé*, ciudadanía y

población. Se trata de operaciones de poder hasta cierto punto performativas, actos de delimitación que tienen que ver con discursos y que dependen de la estética de una política que se manifiesta a través de la exclusión de ciertas vidas de los espacios de visibilidad y reconocimiento.

En las ficciones de vida, estas operaciones se revierten, mostrando la politización de lo viviente. Pero para lograrlo, deberá cambiar de forma y mutar, desviar la herencia, crear fines divergentes, interactuar con otros géneros, luchar por sobrevivir como luchan las especies para no extinguirse. ¡La literatura tiene vida propia! La idea ya estaba en Tinianov, recuerdo Ricardo Piglia (*Las tres vanguardias* 36), que toma de Darwin el concepto de evolución para pensar el cambio literario y la generación de formas nuevas a partir de la anomalía, el azar, los cruces y las mezclas, los equívocos, los juegos de codificación y decodificación, las bodas contra natura entre especies discursivas diferentes. Un mundo se muere, el nuevo tarda en aparecer; en la zona gris del umbral, parafraseando a Gramsci, se multiplican los monstruos, las mutaciones, los híbridos, las deformidades, las desestratificaciones, los derrames, las líneas de fuga.

VII.

Con su capacidad de operar con el desvío y el error, las ficciones de vida encuentran en la huida de la forma una potencia de diferenciación y de devenir generadora de formas de vida nuevas, sin-estado, proliferando por espacios de poder no fundados en el a priori de la ciudadanía. Desorganizando sus propias formas, la escritura se pasa del lado de la afirmación para conectar enunciados, actos perceptivos, prácticas del territorio y del hacer-con-lo-que-hay comunitario, que incluyen siempre una dimensión discursiva. Inseparable de tenaces movimientos de desterritorialización que atraviesan una sociedad y la exceden, la escritura lo procesa todo sin apelar a normas previas ni a modelos establecidos, de manera de resguardar los excedentes de vida de su captura y reapropiación por parte de un capital que vive de recodificar lo que se le escapa.

Tales mecanismos señalan la especificidad de una novela que, recelosa de la perfección formal, hizo de la precariedad de la existencia un campo de experimentación y de disputas por el tiempo y el territorio. La precariedad, que significa vivir encerrado afuera, sin futuro, sin proyecto, expuestos a la contingencia y a lo transitorio, es el impulso fundamental de una serie de textos que ensayan con la vulnerabilidad de lo viviente, relacionando la precarización como instrumento de gobierno con mutaciones del lenguaje, la visión y la percepción generadas por la crisis.

La literatura activa sus espacios para exhibir la inestabilidad y la precariedad como instrumento de gobierno cotidiano, en un mundo donde la crisis perdió su carácter de ruptura periódica y se convirtió en un estado de cosas permanente. A través de los textos de Aira, de Fogwill, de Sánchez, de Chejfec, vemos todo lo que existe desde la perspectiva de la fragilidad, la vulnerabilidad, la catástrofe inminente, el derrumbe.

La crisis es la nueva normalidad, lo cual no significa estabilidad, sino una inestabilidad constitutiva, instauradora de tramas precarias que atraviesan los múltiples niveles de la realidad. Se trata de una precariedad inducida, normalizada, requerida como modo de vida, que presupone una modelización y un control de la subjetividad. La economía neoliberal es una economía subjetiva que empuja a los hombres y mujeres a ser sujetos económicos y hacerse cargo de su vida como si fuera un capital para administrar, asumiendo los costos y los riesgos de la precariedad, la pobreza, la desocupación, el desamparo, el abandono estatal, la crisis perpetua.

La crisis no solo es social, también es el espacio verbal y narrativo de una escritura que encuentra en ella su política. La literatura desestabiliza sus formas para hacer de la precariedad tanto el material como el procedimiento narrativo de una novela que, para sobrevivir al carácter

fundamentalmente destructivo del progreso económico –como dice Boris Groys acerca de la autoborrada del arte contemporáneo (*Volverse público* 2014)–, no quiere hacer cosas mejores sino peores. La precariedad, como modo de gobierno, produce realidad, cuerpos, mundos y discursos que las ficciones de vida constantemente desbordan. La literatura no es inmune a la precarización; su destino no puede ser diferente al del resto de las cosas. Pero puede sobrevivir al terror económico, “aguantando” la acción de las fuerzas destructivas que operan en el mundo material, como “aguantan” tantos de sus personajes. La precarización es un proceso material que deja huellas en textos cubiertos de restos orgánicos e inorgánicos, caídos de la forma cuerpo. Ellos también son señales de vida.

¿Pero cómo cartografiar el territorio de una mutación? ¿Cómo orientarnos en espacios desterritorializados, en constante cambio, sembrado de escombros y desperdicios, entre las fuerzas ambivalentes y contradictorias de la crisis al acecho? Apartándose de los encadenamientos narrativos que hacen progresar las historias, las líneas que hacen evolucionar las tramas de un texto de Aira, de Fogwill, de Sánchez, de Chejfec, son rizomáticas y se bifurcan permanentemente. La licuación de los límites, la descomposición de la forma, la expansión del azar como condición alrededor del cual se despliega el devenir de las historias, genera escrituras aleatorias y veloces alejadas de las estructuras narrativas férreas, que avanzan mediante ensamblajes azarosos y sorprendentes de materiales versátiles, de una precariedad extrema.

Improvisación económica y narrativa se cruzan para hacer que las cosas sucedan a la velocidad de la crisis y reconfigurar la distribución de lo posible y lo imposible. Sin tiempo de cristalizar en una forma autónoma, las ficciones de vida quieren salir de la obra como artificio de las décadas previas para instalarse de un salto entre las multiplicidades de lo viviente y perderse en la baja visibilidad de la vida cotidiana. No hacen historia y, a fuerza de precariedad, sobreviven a la catástrofe para contar lo que pasó y anticipar lo que vino después, que es nuestro presente, el régimen de sentido desde el que hoy leemos, donde se mezclan con los discursos de la no ficción, los géneros inespecíficos, el carácter expandido de la literatura del presente.

VIII.

El mapa de *Señales de vida* está hecho de escenas de lectura que enlazan textos, momentos de la cultura, la literatura y la política. Son escenas en vivo, mapas de grupo donde la literatura sale de su aislamiento para agrupar palabras, cuerpos humanos y animales y cosas en movimiento, desplazándose entre residuos estratificados y líneas de fuga que abren los textos a conexiones nuevas.

Las escenas son territorios posibles que limitan entre sí e intercambian materias intensas, verbales y afectivas a través de fronteras provisionales y porosas entre ciudad y campo, humanos y animales, orgánico e inorgánico, naturaleza y cultura, palabras y ruidos, local y global, lo estético y lo político.

La primera escena, “Ser vivo”, está armada sobre tres novelas de Rodolfo Fogwill publicadas entre 1983 y 2016, que trazan el arco de lo que se constituye como género: la novela de la crisis y *en la crisis*. *Los pichiciegos*, *Vivir afuera* y *La introducción* son agenciamientos de signos escritos sobre la configuración de los lugares, los cuerpos, los grupos, las imágenes, las cosas que pueblan un mundo histórico que el poder de visión de Fogwill hizo hablar antes que el resto de los discursos de la época. Testigo de cómo las nuevas fuerzas del mercado atraviesan el estado-nación y lo exceden, Fogwill mapea el neoliberalismo como un nuevo régimen de deseo y de intensidades sensibles donde la vulnerabilidad de la vida y lo viviente se vuelve campo de batallas estéticas y políticas. A la estetización de la política, Fogwill opone configuraciones polémicas de cuerpos sensibles que “viven afuera”, entrando y saliendo de los ordenamientos del poder, flotando en la lengua como órgano de lo verbal y lo sensible.

La segunda escena, “Escombros y desperdicios”, da cuenta de la desintegración de los

espacios de la literatura nacional a través de dos textos que leen la modernización neoliberal como arcaizante, productora de vidas precarias y nuevas barbaries. En la ciudad pampeanizada de *El aire*, de Sergio Chejfec, o en el campo enrarecido de *El desperdicio*, de Matilde Sánchez, la materialidad concreta de lo corporal es el objeto de una nueva territorialización del poder que es también una mutación de la sensibilidad y un nuevo régimen de significación de una novela que, entre el deterioro y la vitalidad, busca darle forma a la destrucción. La frontera es ahora biopolítica, y pasa por los cuerpos más que por el territorio, en un país que se está hundiendo.

En la tercera escena, “Villa Villa”, se trata de las luchas por el tiempo y el territorio que tienen su epicentro en un pliegue de la ciudad invisibilizado y clandestinizado por los imaginarios del urbanismo modernizador: la villa. El progreso produce villas y más villas, que la literatura mapea como espacios de superabundancia vital, generadores de formas precarias de significar y vivir juntos. *La villa*, de César Aira, o *La Virgen Cabeza*, de Gabriela Cabezón Cámara, se internan entre los escombros de la violencia económica y el abandono político para hacer ver, a la luz de los nuevos regímenes de marginalidad urbana, posibilidades de construir un mundo mejor a partir de los poderes de improvisación y cooperación de quienes saben hacer con la crisis.

La cuarta escena, “El aguante”, gira en torno a la figura del trabajador precarizado de nuestras sociedades contemporáneas –fundamentalmente, una mujer joven–, como clave de un poder que se apoya en una economía subjetiva para poder funcionar, en apariencia, sin violencia ni ideología. ¿Cuál es la capacidad de ser afectado que tiene un cuerpo? El sirviente de *El amparo*, los repositores y cajeras del súper de *Mano de obra*, o los chicos y las chicas que circulan por el mercado de los trabajos basura de *Alta rotación* no son los ciudadanos trabajadores de los desarrollismos latinoamericanos ni los proletarios del socialismo, cuya vida estaba organizada por el trabajo como terreno donde se forjaban identidades y proyectos. Para ellos, el trabajo tal como lo vivieron y soñaron sus mayores terminó; la relación salarial está en ruinas, y la figura monopólica del ciudadano trabajador de la sociedad de masas se desvanece en un terreno eminentemente biopolítico, donde el cuerpo y sus intensidades anímicas, codificadas como servicios, hacen a la productividad tanto como a la conflictividad del trabajo. Al trabajador afectivo se le pide que, sin quejarse, resista en la trinchera de sus feroces puestos de trabajo hasta el final de la jornada, que trabaje los domingos y feriados, que renuncie a sus derechos, que se quede después de hora, que respondan ante consumidores por los deseos insatisfechos de la mercancía, que se impliquen afectiva y anímicamente, que improvisen e innoven. La biopolítica como estrategia de la dominación, nos dicen estas ficciones del trabajo, no produce jóvenes emprendedores con iniciativa, plétóricos de capital humano, sino trabajadores y trabajadoras pobres, atascados en el eterno presente del aguante.

La quinta escena se fija en los gestos predatorios de una serie de personajes escritores que le roban la vida a alguien para poder escribir. Son “Los escritores-lobo”, al acecho de un mundo predominantemente femenino donde se juega la reproducción de la fuerza del trabajo. La violencia de la explotación, con su inflexión de clase y de género, confluye en el cuerpo de trabajadoras jóvenes, blanco de la máquina femicida del capitalismo contemporáneo y su distribución desigual de la violencia. Textos como *Boca de lobo* de Sergio Chejfec y *2666* de Roberto Bolaño, nos hacen pensar en el vínculo constitutivo entre miedo, subjetividad y capital. Por su parte, *La Virgen de los Sicarios* es una exploración de la esfera reproductiva de lo viviente como subsuelo de la identidad nacional, atravesado por las fantasías de limpieza étnica de las élites letradas. La palabra mata en un campo político donde los enunciados de la ley y del derecho se entrelazan con los discursos del odio y los tonos antinacionales que, al gramático de la novela de Fernando Vallejo, Fernando, le brotan por los poros. Nada que, en la América Latina de hoy, con la pandemia como plataforma de las derechas, no escuchemos a diario. Mientras tanto, la vida continúa sonando en la vitalidad de las jergas populares que se movilizan en la obra de Washington Cucurto.

IX.

Huellas de la presencia del otro en nuestro cuerpo afectivo, las señales de vida están ahora entre nosotros, en cualquier parte donde haya cuerpos manifestándose desde la precariedad y el deseo; exigiendo para el cuerpo –el medio y el fin de cualquier política– condiciones económicas y sociales que hagan la vida digna, más vivible, más deseable; reclamando trabajo, vivienda, servicios básicos, acceso gratuito y universal a la salud, protección contra la violencia y la explotación.

Las vidas que actúan desde y contra la precariedad están ligadas a la acción colectiva de cuerpos que aparecen en el espacio público para decir que no son desechables, que están ahí para que se los reconozca, se los valore y se los libere de la precariedad impuesta. Invisibles en los términos de la representación, superfluos, reclaman desde una condición precaria, anterior a la identidad, que le den de comer y de coger. Como el pueblo de la literatura de Osvaldo Lamborghini o de Diamela Eltit, dando vuelta la página para salir en manifestación a llenar el espacio público de afectos, consignas y vida colectiva, se trata de abandonar el espacio de la representación y vivir afuera, poniendo en juego procedimientos estéticos que vienen del arte y van a la vida sin importar quién habla, para intervenir en la reconfiguración de lo sensible y hacer otros tiempos y espacios.

Nadie puede estar listo para el desastre, reconoce una de las narradoras de *La Virgen Cabeza* (131). Pero a lo largo de décadas del neoliberalismo, las ficciones de vida, con su carga de imaginación, de deseos y de energía inconsciente advirtieron algo que, desde el agujero negro de la pandemia, subió hasta la superficie de lo visible y lo enunciable para politizar los límites de los cuerpos y reconfigurar sus umbrales de precariedad. El neoliberalismo, dice Jean-Luc Nancy, mutó en un agresivo y violento neoviralismo, que es la proyección sobre el plano sanitario de las fantasías inmunitarias de la racionalidad de mercado decidiendo explícitamente quiénes van a vivir y quiénes no: a saber, los trabajadores y trabajadoras declarados “esenciales” por la política que los explota y los desprecia al mismo tiempo.

El espacio del contagio es el espacio de la precariedad y del vínculo social, como señaló Gabriel Giorgi pocos meses después de comenzada la pandemia (333). El contagio, la exposición a un virus invisible, se juega en el mismo intervalo donde los cuerpos de una sociedad afectan y son afectados por otros cuerpos para devenir otra cosa de lo que son, donde se hacen y se deshacen los lazos sociales, donde se intercambian enunciados y señales de vida en función de su receptividad y vulnerabilidad.

Las ficciones de vida sabían que no hay vida colectiva sin relación con los demás, sin interdependencia entre las personas, sin cuidado mutuo, sin acciones colectivas orientadas a lo común, sin apoyo en formas materiales que hagan la vida más vivible y sustentable. Sabían que el sujeto autónomo y autosuficiente, forzado a hacerse cargo de su vida sin depender de los demás, blindado ante cualquier dolor, inmune a cualquier contagio, es una fantasía soberana del liberalismo individualista y de su deriva fascista. Sabían, y lo transcribieron estéticamente como percepción, como extrañamiento e intensidad del lenguaje. Sabían que el lenguaje es un virus micro político, que hay cepas fascistas, que los afectos son contagiosos, que la historia no es otra cosa que movimientos de cuerpos que en su deriva no dejan de transmitir señales de vida a modo de advertencia y de refutación.

Obras citadas

Aira, César. *La villa*. Emecé, 2001.

_____. *Las noches de Flores*. Mondadori, 2004.

Benjamin, Walter. “El carácter destructivo.” *Discursos interrumpidos I*, Traducido por Jesús Aguirre, Taurus, 1989.

- Bolaño, Roberto. *2666*. Anagrama, 2004.
- Cabezón Cámara, Gabriela. *La Virgen Cabeza*. Eterna Cadencia, 2009.
- Chejfec, Sergio. *El aire*. Alfaguara, 2008.
- _____ *Boca de lobo*. Alfaguara, 2000.
- Eltit, Diamela. *Mano de obra*. En *Tres novelas*, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Ferreira, Gustavo. *El amparo*. Sudamericana, 1994.
- Fogwill, Rodolfo. *Los Pichy-cyegos. Visiones de una batalla subterránea*. De la Flor, 1983.
- _____ *Vivir afuera*. Sudamericana, 1998.
- _____ *La introducción*. Alfaguara, 2016.
- Giorgi, Gabriel. “Leer las imágenes del contagio.” *Posnormales. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia*, ASPO, 2020, pp. 321-335.
- Groys, Boris. *Volverse público. Transformaciones del arte en el ágora contemporánea*. Traducido por Paola Cortés Rocca, Caja Negra, 2014.
- Lazzarato, Maurizio. *El capital odia a todo el mundo*. Traducido por Fermín Rodríguez, Eterna Cadencia, 2020.
- _____ *Te acuerdas de la revolución*. Traducido por Fermín Rodríguez, Eterna Cadencia, [de próxima aparición].
- Ludmer, Josefina. *El corpus del delito*. Perfil, 1999.
- Meradi, Laura. *Ata rotación, El trabajo precario de los jóvenes*. Tusquets, 2008.
- Nancy, Jean-Luc. “Du néolibéralisme au néoviralisme.” *Libération*, 10 de mayo de 2020.
- Panesi, Jorge. *La seducción de los relatos*. Eterna Cadencia, 2018.
- Piglia, Ricardo. *Las tres vanguardias*. Eterna Cadencia, 2016.
- Sánchez, Matilde. *El desperdicio*. Alfaguara, 2007.
- Vallejo, Fernando. *La Virgen de los sicarios*. Punto de Lectura, 2006.